

05 El espejismo de la calidad de vida materialista

“Tarde o temprano habrá una gran reacción contra el materialismo del sistema económico, un sentimiento de saturación, un anhelo hacia lo no material, lo espiritual.” Johan Galtung

“El american way of life es el arma de destrucción masiva más poderosa en la historia de la Humanidad... No se puede describir de forma más precisa las devastaciones, que una concepción de vida ha causado sobre la Tierra. Esta jadeante avidez por trastos materiales, que se abate como una plaga de langostas vaciando todo el planeta.”

Andreas Altmann

Para los liberales es indiscutiblemente válido desde hace por lo menos dos siglos, que el desarrollo únicamente puede ser alcanzado a través del crecimiento económico cuantitativo y que, en consecuencia, el crecimiento sería la condición ineludible para el bienestar general. Con toda naturalidad, de allí se deduce una suficiente legitimación de la economía de mercado capitalista. En los últimos tiempos sin embargo, estos axiomas han sufrido visibles sacudidas, porque en el marco de la filosofía económica imperante, a nivel mundial se hacen visibles tendencias hacia una polarización social cada vez más aguda y, al mismo tiempo, se anuncian límites ecológicos al crecimiento.

El mito del crecimiento

En opinión de Robert Kurz, este sistema, basado de manera extrema en la producción de mercancías, hace ya algún tiempo que “está en las últimas (...), porque este sistema se ha excedido más allá de sí en su productividad y la mayoría de la población ya no quiere integrarse a su lógica” (Kurz 1991: 228). En efecto, el mapa mundial indica, también en países occidentales de la OECD, sectores de perdedores relativos. De momento la desocupación y la pobreza aumentan sólo en determinadas zonas. Pero este retroceso denota que las áreas afectadas han quedado excluidas del contexto de crecimiento y bienestar.

La etapa siguiente está caracterizada por la “caída” de regiones interiores enteras. Kurz menciona brevemente en este sentido a zonas del norte de Inglaterra y de los países mediterráneos a comienzos de la década de 1990, aunque limita su diagnóstico haciendo la salvedad de que la decadencia del ámbito mediterráneo se vería morigerada por los ingresos del turismo masivo (op.cit.: 241-243). El desarrollo negativo parece manifestarse con mayor nitidez en Europa del Este, también ya en el centro de esta región (por ejemplo, en Hungría), donde mueren determinadas zonas industriales porque sus empresas fueron arruinadas en los

mercados mundiales por competidores que producen más barato o porque fueron compradas por corporaciones occidentales que decidieron cerrarlas en razón de su escasa rentabilidad.

Semejantes evoluciones y procesos naturalmente pueden considerarse, en consonancia con las teorías de Joseph Schumpeter, como reestructuraciones inevitables, racionalizaciones o hasta “saneamientos”. Sin embargo, implícitamente así se están aceptando cantidades exorbitantes de víctimas entre la población afectada en cada caso.

En su obra aparecida hace dos décadas, Kurz advierte en el mismo apartado, que –hasta ese momento– en las regiones del mercado mundial de la OECD, en realidad, sólo faltaría manifestarse la última etapa, o sea, que economías nacionales completas fueran expulsadas del club de competentes del mercado mundial. Entretanto, con Grecia, efectivamente un país miembro ha sido separado. Con su perspicacia y su estilo verdaderamente profético, Kurz intuyó que el Sur europeo y el mundo anglosajón con los Estados Unidos a la cabeza se convertirían en economías deficitarias en caída.

En consecuencia, sobre la economía mundial debería precipitarse una crisis de la deuda más (op.cit.: 249), que entonces también arrastraría al abismo a los últimos presuntos vencedores – Kurz se refiere aquí a Japón y Alemania– y que desataría una crisis global de dimensiones hasta ahora no conocidas. Hasta el momento, esta crisis pudo ser postergada por medio de bajas en las tasas de interés y corrientes de crédito que fueron encaminadas, en primer lugar, por el Banco Central norteamericano (Federal Reserve) y el Banco Central Europeo con sus medidas QE (quantitative easing, que significa la inundación de los mercados con medios financieros que llegan a billones de dólares o euros). El sistema capitalista intenta defenderse de la explosión de una “última” y devastadora crisis también mediante una ola de fusiones de corporaciones ya gigantescas que, en los umbrales del siglo XXI, alcanza una intensidad similar a la de los años de la década de 1920.

En el final de su profética obra (op.cit.: 270-272), Kurz demuestra la completa absurdidad de la política capitalista neoliberal: por un lado, millones y finalmente miles de millones de seres humanos viven en la miseria entre el hambre y la desesperación, por otro lado, se ejecutan proyectos faraónicos –como en determinados emiratos árabes petroleros– sin tomar en cuenta las eventuales pérdidas. El despilfarro energético por el tránsito individual y por producción de mercaderías sin sentido (por ejemplo, la fabricación de artículos de lujo de todo tipo, también de vehículos rurales caros, absolutamente inadecuados para el tránsito ciudadano) y la generación de combustible biológico a costa de los alimentos básicos de los primeros, destruyendo el clima, la atmósfera y su capa de ozono, así como también el agua potable. Tales procesos de producción son ejecutados sin vacilaciones porque se corresponden con la lógica del pensamiento utilitario y con el afán imparable de estatus.

En la conservación de este modelo económico, la publicidad juega ciertamente un papel central. Continuamente deben ser creadas nuevas “necesidades”, en lugar de dirigir el aparato productivo –en el Tercer Mundo, pero también en zonas marginales de países industrializados– a la satisfacción de necesidades básicas reales y objetivas. En vez de llevar

al hombre a que, como ser emancipado, pueda meditar y formular por sí mismo sus necesidades en relación a productos y prestaciones, se lo humilla mediante la publicidad sofisticada, convirtiéndolo en objeto del desarrollo económico (Rey 2006: 232; Creutz 2001: 418). El sistema ha creado un mito de desarrollo, que para el hombre moderno debe ser parte constitutiva indispensable de sus convicciones y su visión del mundo. El sociólogo Meinhard Miegel califica con justeza este credo como “mito del crecimiento” y “delirio de prosperidad” (citado en: Otte 2008: 35).

En esta locura, los privilegiados de la sociedad mundial se encapsulan en sus guetos de riqueza. Pero: “la propiedad justifica el miedo frente a todos los desposeídos (...)” (Narr en: Prokla 2005: 504-505). Por su parte, Duchrow cree que: “La crisis de Occidente está llegando a su etapa final. Después de la crisis de la exclusión de personas por la economía de mercado de la propiedad privada, la crisis del medioambiente y la crisis de las relaciones sociales, comienza ahora la crisis del ser humano en la que la locura de gente sensata con comportamiento absolutamente normal se extiende. Esta crisis desembocará en una guerra de todos contra todos, en la que todos se exterminarán mutuamente de forma racional y respetando todas las reglas instrumentales de la razón y el mercado” (Duchrow 2005: 164).

Duchrow, que detenta el título de Profesor de Teología Sistemática en la Universidad de Heidelberg, no se encuentra solo en su pesimismo. El comunista reformista checo Ota Sik, arquitecto de la “Primavera de Praga” bajo el entonces primer Secretario de Partido Alexander Dubcek, llegó por su parte a la conclusión “de que para muchas personas una creciente prosperidad material no significa mayor satisfacción y felicidad, sino que muy frecuentemente produce sentimientos de incomodidad, soledad, desolación y sinsentido de la vida” (Sik 1979: 86). En medio de esta abundancia material, de este jolgorio y estas fiestas superficiales, crecerían el tedio y la aversión a la caza de contactos sociales vacíos y al arribismo laboral insensible. En opinión de este autor, sin embargo, pueden florecer también auténticas necesidades humanas y nuevos fortalecimientos de fe como reacción a semejantes manifestaciones de abundancia material y de pobreza social.

Aun en un medio como el Neue Zürcher Zeitung (NZZ Folio 6/2007: 81-84) se puede leer que en casi todos los países industrializados occidentales, el aumento enorme de ingresos (de una minoría de la población, R.R.) y el fuerte incremento en el nivel de vida, no habrían contentado a las personas. “Nuestra conciencia está construida de tal modo que cada nuevo estado de cosas, después de algún tiempo de acostumbramiento, es tomado como normal (...) Cada ingreso adicional se escurre en la suave alfombra de aquellas circunstancias de vida, que consideramos sobreentendidas.” De acuerdo con el filósofo francés Pascal Bruckner, anteriormente el enriquecimiento personal habría valido como primer paso hacia la emancipación individual... El dinero significaba libertad. Pero, entretanto, el juego se ha pervertido. “Riqueza y economía se han vuelto el objetivo más ansiado.”

En conversaciones con el teólogo de la Liberación Leonardo Boff, otros observadores (Boesch et al 2008: 41) constatan que el sistema de valores imperante, regido por conductas de consumo, provoca en los seres humanos no sólo miedos paralizantes, sino también soledad, ausencia de sentido, manía por el rendimiento, estrés, pérdida de identidad, adicciones de

diversa índole, saturación, fundamentalismo, embrutecimiento de los sentimientos, irritabilidad, embotamiento, apatía, resignación, vacío religioso y un desvalimiento general para tomar en serio las propias necesidades y experiencias reales y hacerlas fructificar.

El filósofo Bunge agrega por su parte, que la inseguridad en el empleo cada vez más extendida, condicionada, en primer lugar, por las fluctuaciones “naturales” de la economía mundial, intensifica los sentimientos de miedo y parálisis. Esta inseguridad es provocada frecuentemente por sanciones de los empleadores, por ejemplo, contra la participación en un sindicato (Bunge 2009: 93). Alrededor del planeta flotan de facto amenazas de despido, recortes de salarios y/o jubilaciones y pensiones –factores que afectan derechos humanos básicos– como una espada de Damocles sobre las cabezas de millones y miles de millones de personas.

Economía financiera desquiciada

Desde la Segunda Guerra Mundial la economía mundial crece a una tasa de entre el 2 y el 5% anual. El crecimiento se vio interrumpido por recesiones que se registraron a nivel mundial o en algunas regiones centrales como los Estados Unidos, Europa o Japón. En los últimos tiempos, sin embargo, estas recesiones pudieron compensarse ampliamente por el crecimiento dinámico de países emergentes con gran empuje como China, India y Brasil. Al mismo tiempo, la expansión del sector financiero en las economías nacionales líderes ha sido mucho más fuerte que el aumento de los guarismos de producción. La irracionalidad del neoliberalismo encontró en este sector su máxima expresión, que con motivos bien fundados puede ser estigmatizado como crecientemente improductivo. En este punto, uno puede remitirse a Helmut Creutz, que en su obra básica “Das Geld-Syndrom” (2001) (El síndrome de dinero) describe ilustrativamente como la explosión de la economía del crédito y el endeudamiento ha ido arrastrando paulatinamente a casi todo el planeta y ha provocado el derrumbe tanto de individuos y empresas directamente afectadas, como también de economías nacionales enteras (op.cit.: 253-263).

Creutz recrimina con razón a la acaudalada sociedad del Hemisferio Norte, que practique justamente aquello que desde siempre le ha reprochado al empobrecido Sur: es decir, “atender” viejas deudas con ayuda de nuevas. Tan evidente en el Norte como en el Sur es el hecho de que las deudas aumentan mucho más rápidamente que el rendimiento económico, el cual posibilita el pago de los pasivos y de los intereses correspondientes. En algún momento, la burbuja del endeudamiento debería explotar tanto aquí como allá, con o sin revolución, con o sin guerra civil (op.cit.: 266, 271, 280).

Igualmente meritoria es la detallada referencia de este autor sobre el hecho de que en la misma medida en que crecen las deudas públicas y privadas también aumentan ininterrumpida y exponencialmente los caudales monetarios de las clases privilegiadas, riqueza que, en gran parte, no se corresponde con ninguna prestación económica. La distribución cada vez más unilateral e injusta de los bienes es aquí planteada consecuentemente como el reverso de la política de endeudamiento (op.cit.: 296, 305-306). Creutz explica este desarrollo diabólico

principalmente por la mecánica de los intereses y los intereses sobre intereses lo que, sin embargo, representa sólo una parte de toda la problemática, tal como se mostrará más tarde.

Cuando los Estados, cualquiera sea su desarrollo, ya no disponen de medios para una política aceptable (política social, en primer lugar) por los cientos de miles de millones fagocitados por los servicios de la deuda y las acciones de rescate, entonces aparecen los seguidores del neoliberalismo y reclaman como solución definitiva la privatización de empresas públicas y de servicios, o sea, el remate de los cubiertos de plata. O se agarran de la creación salvaje de créditos (los ya mencionados QE) con lo que ha quedado hecho añicos mucho menaje de toda la sociedad y la economía general.

En este remolino de creación de dinero sin control, intelectuales de todos los campos posibles ven surgir un nuevo desastre todavía mayor. Bunge teme efectos sociales destructores, que hasta podrían socavar los sistemas de participación democrática (2009: 211). Parecidos reparos manifiesta el sociólogo de la paz Johan Galtung cuando comprueba que a fines del siglo XX muchas sociedades humanas se encontraban en estado de desintegración social avanzada (1997: 43). Y el filósofo Peter Sloterdijk, cuidadoso de los valores conservadores, se estremece ante la idea de que en la sociedad moderna, acuñada por el neoliberalismo, “fuerzas que empujan hacia la frivolidad, la irresponsabilidad y el consumo luchan incesantemente con las tendencias orientadas hacia la seriedad, la seguridad y el contacto con la realidad (down to earth)” (NZZ, 29.11.2008).

Una nueva concepción del bienestar

Ya no faltaría mucho para que la burbuja de la globalización explote, opina también Otte (2008: 39). Algo radicalmente nuevo, que hasta ahora sólo podemos intuir en sus contornos, entraría en lugar del entorno económico en actual desintegración. En este proceso será de gran importancia lo que nosotros, los seres humanos, queramos entender bajo felicidad y satisfacción. La respuesta a esta pregunta será diferente según edad, región, grado de desarrollo, momento económico y religión imperante. Bajo los esquemas de razonamiento de la ética social confuciana aparecerían, por ejemplo, humildad, frugalidad, generosidad y la renuncia a las apetencias como elementos centrales en la búsqueda de auténticos sentimientos de felicidad. Ciudadanas y ciudadanos de civilizaciones occidentales, por el contrario, esperarían quizás la completitud paradisiaca de un teléfono móvil de última generación, tal como promete la publicidad con tanta insistencia...

Nosotros, supuestamente miembros de sociedades altamente desarrolladas en lo moderno y material, nos encontraríamos en un aprieto que hemos creado nosotros mismos, juzga Galtung (1998: 171). “La primacía concedida a la producción de servicios y bienes materiales es a costa de necesidades espirituales como la identidad y la libertad y se debe a los intentos primitivos y torpes de conducir a los seres humanos a través de valores e instituciones que, en la práctica, se vuelven alienantes y represivos.” Debería hacerse una clara diferenciación entre desarrollo como crecimiento económico, modernización y *nation-building* (construcción nacional) por un lado, y aquello que aquí se entiende como “auténtico desarrollo”.

En la tendencia hegemónica del pensamiento occidental, critica el noruego, que fue galardonado con el Premio Nobel Alternativo, la economía funcionaría como el corazón de los esfuerzos de desarrollo y el crecimiento económico (en vez del crecimiento humano o social) como motor. “La economía fue sacada de contexto y fetichizada por los economistas y el crecimiento económico se convirtió en el Bien por antonomasia.” (op.cit.: 176). Galtung quiere, en cambio, que se entienda “desarrollo” como suma del desarrollo de la Naturaleza (equilibrio ecológico), del desarrollo humano (satisfacción de necesidades básicas materiales y no materiales de todos), del desarrollo social (justicia, igualdad e imparcialidad, también entre los sexos) y del desarrollo mundial (es decir, la capacidad de administrar y solucionar conflictos entre Estados de forma creativa y no violenta). Una definición un poco menos pretenciosa sería: “Crecimiento económico a costa de nadie” o, aún más resumido: crecimiento a costos mínimos.

En otro pasaje ya citado (Galtung 1997: 43) se subraya que las sociedades deberían poder garantizar la “seguridad de las personas”, refiriéndose, en este caso, a la satisfacción de necesidades básicas. Posiblemente el autor haya pensado aquí en los esfuerzos realizados por la Revolución Cubana, aun cuando medio siglo después de instaurada la Revolución, sus objetivos en este sentido sólo se hayan logrado en parte y en medida insuficiente para muchos de los beneficiarios.

En todo caso, el irreflexivo e interminable aumento de la cantidad de bienes disponibles no puede ser lo que acerque a la sociedad humana al estado de paz y equilibrio interno. Pero sí probablemente el cultivo de necesidades más altas en el sentido de que cada uno pueda arrimarse a la posibilidad de hacer realidad sus propios objetivos elementales y esenciales de vida.

“La economía de la plenitud vital no se sostiene por la idea de liberar los mercados, sino por la de hacer libres a los hombres – libres para las cosas humanas más importantes de la vida”, nos enseña Ulrich (1997: 214-220). El verdadero arte de vivir se esforzaría por un “poder alcanzar lo suficiente”. Contrariamente, compulsiones a “querer tener más y cada vez más” le serían extrañas. Porque inevitablemente donde y cuando nos domine la codicia, el hombre perdería su “alma”, su libertad, su serenidad, su paz interna. La importancia de nuestras relaciones interhumanas se volvería cada vez más fuente decisiva de satisfacción de vida y despliegue de la personalidad. Brevemente: “Ser en lugar de tener” y ya no más: “Soy de acuerdo a lo que poseo.” (op.cit.: 227)

Por supuesto, esto presupone la reorganización de las condiciones y chances de vida en una economía desarrollada. Requiere una política emancipadora sobre el tiempo, hasta una “soberanía sobre el tiempo” (la capacidad, de disponer sobre el tiempo propio), en relación a su distribución en etapas de días, semanas, años, vida; o sea, ya no más pleno empleo en el sentido convencional, sino la continua reducción del trabajo posible y necesario para todos, conforme al progreso de la productividad. En este proceso, la generación del poder adquisitivo necesario al servicio del despliegue de la personalidad y de la integración social debería convertirse en el factor central. Ulrich subraya (en forma parecida a Galtung), que la

protección fundamental (en relación a infancia, educación, enfermedad, vigencia del servicio social, desempleo involuntario, vejez) debería estar en el centro de la política social.

Volvamos nuevamente a aquel notable aporte de NZZ Folio (6/2007: 28): también ahí se propaga el ideal de una vida estable, sencilla y frugal en lugar de la acumulación de riqueza y consumo ilimitado. Habría que definir necesidades verdaderas y satisfacerlas con inteligencia en lugar de inventar nuevas todo el tiempo. Por eso, no vivir bajo la divisa “más es mejor” sino de acuerdo al principio “lo suficiente es suficiente”. En realidad, la felicidad duradera sólo podrían concederla los “viejos valores”: amigos, familia, responsabilidad (op.cit.: 82).

El jesuita Albrecht (2005: 64) menciona como ejemplo de semejante filosofía de vida una instrucción de José Clemente Maurer, arzobispo de Sucre y cardenal primado de la Iglesia católica de Bolivia. En 1971, él recomendó a todos los feligreses de su comunidad la renuncia voluntaria a la riqueza. En cambio Galtung (1997: 28) recomienda la ampliación del “cuarto sector” (después del agroganadero, el industrial y el de servicios) en el que se ejecutarían sobre todo trabajos de reparación y desarrollo en relación a la Naturaleza, los seres humanos y la sociedad mundial, mientras un “quinto sector” abarcaría el fomento de las artes, la cultura y el cuidado de los ancianos y débiles. Esto serviría también para necesidades tales como realización personal, provecho social y contacto humano.

Los dos teólogos Duchrow y Hinkelammert (2005: 196-198) remiten a Padres de la Iglesia como San Juan Crisóstomo en relación a la condena de la codicia. Ellos habrían instruido a la multitud de creyentes, que todo le pertenece a Dios, o sea, a lo celestial. Lo que ya de por sí no es propiedad comunitaria, debería en todo caso ser propiedad privada de derecho relativo en el sentido de que sus beneficios puedan ser aprovechados por todos. De ninguna manera se debería permitir el abuso de la acumulación de riqueza privada. Muy parecidas convicciones manifestaron Lutero y hasta Calvino, que a menudo es calificado como cofundador intelectual (o espiritual) del capitalismo.